

LA FIESTA DE LA MUERTE

26

H. McCLOY



COLECCION

Rastros

Cuando una prominente figura de la alta sociedad de Nueva York es asesinada con una sobredosis de medicación, el Dr. Basil Willing, un psiquiatra adjunto al departamento de policía, necesita resolver el caso. Pero los misteriosos accidentes comienzan a ocurrir durante su investigación, y Willing debe mirar más profundamente para descubrir el motivo y evitar que el asesino vuelva a atacar...

LA FIESTA DE LA MUERTE

H. Mccloy

CAPÍTULO I

La nieve comenzó a caer el martes, alrededor de la hora del cocktail...; enormes copos que corrían a impulsos del viento del norte. Alrededor de las seis de la mañana siguiente, en el medio de la calle, la nieve se había endurecido y mostraba las huellas de los vehículos que transitaran durante la noche. Sobre el pavimento se apilaba en pequeñas pilas producidas por el viento. Sobre los tejados y los, automóviles se había endurecido hasta el máximo. Y aún continuaba cayendo.

Butch y Buddy se hallaban en la lista de hombres disponibles para retirar la nieve. Ellos habían estado trabajando en las reparaciones de la calle que se vieron suspendidas por la tormenta.

Algo más temprano, esa misma mañana, una máquina especial había echado la nieve hacia los cordones de las aceras. Pero el viento arrojó más nieve sobre esta, hasta que formó grandes pilas de la misma. Su trabajo era echarla a pala en un camión, pues no había suficientes máquinas cargadoras. El viento del norte cortaba como un cuchillo. Buddy tembló y se detuvo un momento en su trabajo. Comenzó de nuevo a cavar y su pala tocó algo sólido. Frunció el ceño y probó en otro sitio. De nuevo se detuvo su pala. No se oyó ningún rechinar. No podía ser asfalto. Era algo suave, a la vez que sólido. A puntapiés, desparramó la nieve... y parpadeó.

No había otra luz que la suave luminosidad del alba, y todo parecía irreal. ¿Estaría bajo los efectos de una ilusión

óptica? Se inclinó para tocar algo con los dedos... algo rígido como una tabla. Entonces lanzó un grito.

Butch se acercó corriendo.

—¡Hay un muerto en la nieve! —gimió Buddy.

—¡Más bajo! ¿No es natural, acaso, el helarse en una noche como esta?

—¡Pe... pero, no está helado! —tartamudeó Buddy—. ¡Está... *caliente!*

CAPÍTULO II

El doctor Basil Willing, psiquiatra agregado a la oficina del fiscal del distrito, vivía en una antigua casa, en el extremo de Park Avenue, debajo de la Estación Grand Central. La noche siguiente, después de la cena, se hallaba instalado en el *living-room* de su domicilio en compañía del general Archer, el comisionado policial.

La luz del fuego se reflejaba en las puertas de cristal de las bibliotecas y daba un ligero tinte rosado a los paneles blancos. Juniper, su sirviente negro desde hacía muchísimos años, sirvió café y coñac al comisionado, murmurando:

—*Sílvase usted, señor.*

Cuando se hubo retirado el negro, no hubo más sonido que el susurrar del fuego y las bocinas distantes de los automóviles. El general Archer jugueteó con su copa, frunció el ceño, y continuó la discusión que se comenzara durante la cena.

—No sé lo que quiere decir usted...; no hay lugar para la psicología en las investigaciones policiales. El trabajo de la policía se basa en hechos concretos..., hechos horribles, tales como manchas de sangre seca, huellas digitales y microscópicos restos de suciedad en las uñas de un muerto. En la mitad de nuestros casos de asesinato no tenemos forma de identificar al cadáver cuando comenzamos la investigación. No es como en las novelas de detectives, en que se mata a un individuo en su propia biblioteca, mientras hay media docena de sospechosos convenientes en la casa. Cuando comenzamos la investigación, rara vez sabemos

quién es nadie..., ni el asesino, ni los sospechosos, ni la víctima. Necesitamos un biólogo o un químico para que siga la pista, no un psicólogo... ¡Vaya!, si esta mañana misma... ¿Había algo en los diarios respecto al cadáver de una joven que se halló en medio de la nieve en la calle 78?

Basil se puso en pie muy despaciosamente y examinó el diario que se hallaba sobre la mesa. Era un hombre alto y delgado y se movía con movimientos deliberados y tranquilos. Su madre había sido rusa y eso explicaba muchas cosas, entre ellas su temperamento irritable, más bondadoso e intuitivo que el de las razas a las cuales la capa de civilización ha tenido tiempo para endurecer. Era una prueba viviente de la teoría de que un médico de locos debe estar también algo loco para poder comprender a sus pacientes.

—Veamos... —Como la mayoría de la gente que domina otros idiomas, su inglés era claro y suave—. Tres casos de muerte por frío. Un hombre desocupado. Un caminante. Y el cadáver no identificado de una joven. No hay detalles.

—Ese es el que le decía. La niña. Solo que no murió de frío. A propósito ocultamos los detalles a la prensa —Archer bebió el resto de su coñac—. No tenemos absolutamente ninguna prueba de su identidad, y le pregunto a usted de qué sirve un psicólogo...

—¿Cómo murió?

Archer estaba encendiendo uno de los cigarrillos de Basil. Inspiró profundamente antes de responder:

—Por excesivo calor.

—Pero... ¡Eso es imposible!

—Esa es la dificultad de nuestro trabajo. Lo imposible sucede a cada rato. El cadáver se halló esta mañana a las seis. Lo encontraron dos hombres que estaban paleando nieve. ¿Recuerda qué frío que hacía? El cuerpo yacía bajo la nieve y no había ninguna huella de pisadas por los alrededores, de modo que debió haber permanecido allí durante cierto tiempo. Pero los hombres juran que estaba caliente cuando lo encontraron. No cálido, sino caliente, co-

mo si hubiera tenido un ataque de fiebre. Para el momento en que llegaron los policías de ese distrito, todavía estaba caliente. Ya le han puesto el nombre del «Caso del cuerpo candente».

—¡No me extraña!

—El inspector Foyle hizo que el ayudante del médico forense practicara de inmediato la autopsia. Esta noche, poco antes de salir yo de la oficina, Foyle me trajo el informe preliminar. Hay un montón de palabrerío técnico respecto a que no pueden encontrar la causa exacta de la muerte, y luego dice: *la condición de los órganos internos, especialmente los pulmones, corazón e hígado, semeja extraordinariamente la que presentan los casos de muerte producida por calor excesivo* —Archer gruñó—. ¡Calor excesivo! ¡Y había siete grados bajo cero anoche! ¡Es una cosa grotesca!

—No me parece —dijo Basil, tomando el atizador para mover los leños del fuego—. ¿Dice usted que yacía *debajo* de la nieve? Una buena cantidad de nieve conserva el calor. El hielo forma una capa más delgada que lo común sobre un lago protegido por la nieve, debido a que esta mantiene el agua caliente. Algunos esquimales construyen refugios de nieve para mantenerse calientes. Si ese cadáver estaba muy caliente al principio, la nieve puede haber demorado su enfriamiento.

—¿Pero cómo puede haberse tornado tan caliente? —demandó Archer—. ¡No es posible que nadie sufra de calor excesivo en una noche de invierno!

—Supongo que el médico no habrá querido decir que la joven murió por el calor excesivo. Solo usaba el término para describir su condición. ¿Se han hecho análisis químicos?

—No hemos logrado ningún resultado todavía —respondió Archer suspirando—. Los empleados del laboratorio siempre pueden decir lo que no es; pero no siempre pueden decir lo que es.

—Entonces tendrá usted que confiar en la psicología.

—Pero la psicología no nos puede ayudar cuando ni siquiera sabemos quién es la joven. ¡Esa es la dificultad!

—¿No hay ningún indicio, en absoluto?

—Muy pocos. Tenía unos veinte años de edad, según dicen los médicos, y era virgen. Un rostro poco común: ojos grises, cabellos y pestañas oscuros. En la Oficina de Personas Desaparecidas no se ha registrado a nadie que responda a su descripción. Sus huellas digitales no están en el registro. Sus ruedas no han sido nunca emplomadas. Las uñas estaban completamente limpias, excepto una pequeña partícula de jabón..., podría ser de cualquier marca. Sus ropas son pobres, la clase de ropa que se vende al por mayor. La producción en masa es una de las mayores desventajas de la policía moderna. El abrigo es de paño barato, también; pero tiene una etiqueta francesa...: *Bazar*, no sé cuánto. No hay marcas de ningún lavadero. Es una pena que los informes policiales hayan dicho al mundo que tenemos un archivo de seis mil marcas de lavaderos.

—¿No hay señales de violencia?

—Ninguna, excepto dos marcas después de la muerte. La pala del que la encontró la golpeó dos veces antes de que fuera encontrada.

Basil dejó el diario sobre la mesa.

—Me gustaría conversar con el que practicó la autopsia. Archer elevó las cejas.

—Creí que me había dicho usted que sus deberes oficiales consistían solo en responder a una sola pregunta: *¿Oiga, doctor, está loco este tipo?*

Basil sonrió.

—Tal vez pudiera ver a ese hombre... extraoficialmente.

—Muy bien. Pero recuerde...: una buena impresión digital vale más que toda la psicología del mundo.

—Todo criminal deja sus huellas digitales psíquicas —contestó Basil, siempre sonriendo—. Y no puede usar guantes para ocultarlas.

—¡Usted es incurable! —dijo Archer, y se puso en pie para retirarse. Al llegar a la puerta se detuvo—. Hay algo que olvidé mencionar..., si es que está usted realmente interesado. Cuando el médico forense le quitó el maquillaje a la chica, halló que la cara estaba manchada de amarillo. No el usual, producido por el sol, sino un amarillo canario. Extraño, ¿verdad?

CAPÍTULO III

—¿El doctor Willing, de la Oficina del Fiscal del Distrito? El comisionado me telefoneó que vendría usted esta mañana. Me llamo Dalton y soy el asistente del médico forense. Yo practiqué la autopsia.

El joven médico mascaba goma. Se adelantó por el corredor, y Basil le siguió. El salón en el que entraron estaba desnudo y frío y olía a desinfectantes.

—¡Número diez y siete, Sam! —gritó el doctor Dalton.

—Muy bien —respondió el ayudante.

—Ahí está todo, menos las vísceras y el cerebro —dijo Dalton.

Lo primero que notó Basil fue la extrema delgadez de la joven desnuda. El rostro estaba completamente limpio, y la vivida mancha amarilla lo cubría hasta la garganta, terminando allí en una línea irregular. El resto de la piel era de un color marfileño. Los ojos eran grises, pálidos en contraste con las largas pestañas y cejas negras, convertidas en una línea fina. Bandas de muselina cubrían el abdomen, en el sitio donde se practicaran las incisiones para la autopsia.

Basil comenzó a analizar la cara de acuerdo con el método Bertillon, con el cual la policía francesa puede reconocer un rostro de acuerdo con descripciones verbales: Contorno general: oval. Perfil: rectilíneo. Nariz: ancha en la base, corta. Altura, proyección y tamaño: pequeños. Extremo: respingado. Ventanas: anchas. Tabique: bien definido...

De pronto se detuvo en su examen. En vida, este rostro había sido hermoso. Los apagados ojos grises brillaban.

Los secos labios se habían curvado deliciosamente cuando sonreía su dueña. ¿Por qué estaba tan seguro? Lentamente, se despertó en su cerebro la convicción de que había visto este rostro antes. ¿Pero dónde? La víctima era demasiado joven para que la hubiese visto mucho tiempo antes. Empero, si la había conocido hacía poco, ¿por qué no podía recordarla?

Levantó una de las manos. Dedos afilados y estrechos en los nudillos, suaves y bien cuidados. Uñas de forma oval. No era la mano de una mujer que se lavara su propia ropa. Sin embargo, no había marcas de lavadero.

—Oiga —dijo Sam—, esa mancha amarilla, ¿no podría ser algún disfraz?

Dalton sacudió la cabeza.

—Es algo interno. Las conjuntivas y todas las secreciones internas están amarillas. Al principio creí que se trataría de ictericia; pero algunos de los otros síntomas no estaban de acuerdo. Tenía todas las características de una muerte por calor excesivo: congestión y edema de los pulmones, equimosis en varios órganos, separación de los glóbulos del hígado, degeneración renal tubular, y marcada fragmentación del músculo cardíaco.

—Doloroso —comentó Basil—. ¿Estudió la boca? No hay emplomaduras ni caries. Solo los ricos pueden cuidarse la dentadura en esta forma.

—¡Pero sus ropas eran de ínfima calidad! —protestó Dalton.

—Ese es el asunto. ¿Todavía las tienen aquí?

—Sí, señor —contestó Sam—. ¿Quiere verlas?

—Si me hace el favor.

Basil estudió el viejo vestido, los zapatos de tacón alto, y las delgadas prendas íntimas de rayón. No eran de mal gusto, pero eran de baja calidad y estaban muy usadas.

—No tiene el aspecto de una joven que vestiría así —dijo.

Dio vuelta el abrigo. Era de paño burdo, negro y no tenía adornos de pieles. En el forro se veía una etiqueta: *Bazar de l'Hôtel de Ville*.

—Esa es la tienda más barata de París —comentó—. Quisiera ver su informe completo.

El doctor Dalton cambió de sitio su goma de mascar y contestó:

—Le enviaré una copia, si gusta.

—Gracias. Supongo que examinarán las entrañas para ver si hay rastros de veneno, ¿verdad?

—Yo no. Lambert, el toxicólogo, se ocupa de eso.

Basil levantó la vista.

—¿No será «Piggy» Lambert, por casualidad?

—Así le llaman. ¿Le conoce?

—Sí. ¿Dónde está su laboratorio?

—En el Hospital Bellevue.

Al salir, Basil hizo frente al helado viento del norte y recorrió la corta distancia que separaba a la morgue del hospital. Nunca había estado en contacto con el toxicólogo de la ciudad hasta entonces. Su trabajo para la oficina del fiscal consistía, principalmente, en probar la cordura de los acusados y la seguridad de los testigos. Pero recordaba vagamente haber visto el nombre de «Dr. Lambert» en algunos artículos periodísticos respecto a crímenes. ¿Podía ser el «Piggy» Lambert que conoció en la universidad? Los años de estudio en París y Viena habían alejado a Basil de sus amigos de la época de estudiante.

—Vengo de la oficina del fiscal. ¿Dónde puedo hallar al doctor Lambert?

—En el cuarto piso.

El laboratorio no era muy amplio ni muy nuevo. Las paredes estaban manchadas de ácido. Las sillas estaban manchadas y llenas de marcas. Las únicas cosas limpias y brillantes eran los microscopios, las balanzas y otros instrumentos.

En el momento en que entró, un hombre que se hallaba en el otro extremo del laboratorio levantó la vista.

—¡Basil Willing! ¡Bueno, bueno! ¡Qué me...!

Era Piggy, que parecía más que nunca un cochinito blanco y rosado^[1]. Lambert sacó un libro de una silla y lo arrojó al suelo. Luego le ofreció la silla a Basil.

—Leí ese libro tuyo —le informó a Basil—. Podrías dedicarte lo mismo a la astrología o al curanderismo. ¿Cuánto tiempo estuviste en Viena? ¿Seis semanas?

—Estuve en París, Londres y Viena casi ocho años.

—Expatriado, ¿eh? Bien, permíteme que te diga que la teoría de Freud es completamente repudiada por los médicos de este país. ¡Y no fumes! ¡Muy propio de un psicólogo el encender fósforos en el momento en que entra en un laboratorio!

—¡Siempre el mismo Piggy, con los mismos modales encantadores! —comentó Basil, guardando su cigarrera—. No hace mucho que la profesión médica repudiaba la teoría de los microbios.

—¡Eso es diferente!

—¿Ah, sí? —contestó Basil—. No vine aquí para conversar sobre psicología. Quiero algunos informes respecto a uno de tus casos.

—¿Cuál?

—La chica que hallaron en la nieve.

—¡Oh! El «Caso del cuerpo candente». ¿Qué quieres saber?

—Francamente, no tengo la menor idea... todavía.

Lambert revisó una serie de informes escritos a máquina.

—La mayoría de los envenenadores son gente apegada a las costumbres —prosiguió—. Usan arsénico, morfina, estricnina o cianuro. De modo que nosotros nos metemos en una huella, y cuando se nos presenta algo nuevo no sabemos qué hacer. Aquí tienes una copia del informe de la autopsia practicada por Dalton. ¿Qué te parece?

Basil examinó la primera página y lanzó un suspiro.

—Los informes sobre autopsias me recuerdan siempre al médico que decía: *¡Qué hermosa úlcera! Escucha: Sección transversal del pulmón izquierdo: roja... Superficie del riñón: suave, color castaño rojizo... Hígado: color verde pasto... Bazo: vivido color púrpura... Bilis: amarillo pálido dorado... ¿Quién hubiera sospechado un entusiasmo tal por la estética en un joven como Dalton?... ¿Podría ser algún veneno para el hígado? ¿Cloroformo? ¿O fósforo?*

—Pensé en eso; pero algunas cosas, como la extraordinaria destrucción de las células sanguíneas, no se ajustan. La anemia, la delgadez y ampliación del bazo sugiere más bien paludismo crónico. Pero, aunque el paludismo hace palidecer la piel, nunca he visto ningún caso en que hiciera tornar el rostro de color amarillo canario y dejar el resto del cuerpo de un color normal.

—Y, aunque el paludismo produce fiebre alta, no podría justificar el extraordinario calor del cuerpo después de la muerte —agregó Basil.

—¡Nada se me ocurre que pueda justificar eso! —admitió Lambert—. ¡Calor excesivo en diciembre! ¡Es una locura!

Basil examinaba la fotografía de la víctima que se hallaba unida al informe.

—Es extraño, pero tengo la idea de que he visto a esta chica en algún lado.

Lambert le miró fijamente.

—Eso —dijo— es algo muy raro. Porque yo también tuve la misma idea. Me hace pensar en la playa y no sé por qué. No he estado en la playa desde hace varios años.

* * *

Durante su solitaria cena, los pensamientos de Basil retornaron al rostro de la joven muerta. Por lo general, podía encontrar con toda facilidad entre otras ideas la fuente de